lezco, parto en cuanto salude estos lugares. A Dios, caverna amada. A Dios, ninfas de estas húmedas praderas; ya no oiré el sordo rumor de las olas de esta mar. A Dios, playa en que tantas veces he sufrido las injurias del aire. A Dios, riscos en donde tantas veces repitió Eco mis gemidos. A Dios, dulces fuentes que tan amargas me fuisteis. A Dios, ó tierra de Lemnos; déjame partir con felicidad, pues voy adonde me llama la voluntad de los dioses y de mis amigos.

Así partimos; llegamos al sitio de Troya. Macaon y Podaliro me curaron por la ciencia divina de su padre Esculapio, ó á lo ménos me pusieron en el estado en que me veis. Ya no sufro; he recobrado mis fuerzas, pero cojeo un poco. Hice caer á Páris como un tímido cervatillo que derriba el tiro del cazador. Ilion quedó reducida á cenizas: lo demas lo sabeis. Sin embargo, todavía conservaba no sé qué de aversion al prudente Ulises por el recuerdo de mis males: su virtud no alcanzaba á mitigar aquel resentimiento; mas la vista de un hijo que se le parece, y al cual me es imposible dejar de amar, me enternece el corazon hasta para el mismo padre.

## LIBRO XVI.

Telémaco entra en altercados con Falante por unos prisioneros que se disputan: combate y vence á Hipias, que, despreciando su juventud, toma á los prisioneros de su propia autoridad para su hermano Falante; pero, quedando poco satisfecho de su triunfo, se lamenta interiormente de su temeridad, y desea reparar su falta. Al mismo tiempo Adrasto, rey de los Danienses, informado de que los reyes confederados no se ocupan mas que en allanar la desavenencia de Telémaco é Hipias, va á sorprenderlos. Despues de apoderarse de cien bajeles del enemigo para transportar sus tropas al campo contrario, le pone fuego, y embiste por el cuartel de Falante, mata á su hermano Hipias, y á él le deja cubierto de heridas.

Miéntras Filoctetes habia contado así sus aventuras, Telémaco habia permanecido como suspenso é inmóbil. Sus ojos estaban clavados en el héroe que hablaba. Todas las varias pasiones que habian agitado á Hércules, á Filoctetes, á Ulises, á Neoptolemo, se habian ido pintando sucesivamente en el rostro candoroso de Telémaco, al paso que se representaban en aquella narracion. A veces, sin poder contenerse, interrumpia á Filoctetes con esclamaciones: á veces parecia pensativo, como quien medita profundamente sobre las consecuencias de los negocios. Cuando Filoctetes pintó la turbacion de Neoptolemo, que no sabia disimular, Telémaco parecia sentir la misma turbacion, y en aquel momento se le habria tenido por Neoptolemo.



Entre tanto el ejército de los aliados marchaba en buen órden contra Adrasto, rey de los Danienses, que despreciaba á los dioses, y no trataba sino de engañar á los hombres. Con muchas dificultades encontró Telémaco para avenirse con tantos reyes celosos entre sí. Necesitábase no inspirar desconfianza á alguno, y ganarse la voluntad de todos. Su índole era buena y veraz, pero poco afectuosa: apénas se cuidaba él de lo que podia complacer á los demas: no era apegado á las riquezas, mas no sabia dar. Así, con un corazon noble é inclinado á lo bueno, no parecia obsequioso, ni sensible á la amistad, ni liberal, ni agradecido á los desvelos que por él se tomaban, ni atento para distinguir el mérito. Hacia su gusto sin reflexion. Su madre Penélope le habia criado á despecho de Mentor con una altanería y un orgullo que empañaban cuanto de mas amable habia en él. Considerábase como de otra naturaleza que los demas hombres, á quienes creia que los dioses no habian puesto en el mundo sino para complacerle, servirle, anticipar sus deseos, y consagrársele enteramente como á una divinidad. La dicha de servirle era en su juicio sobrada recompensa para los que le servian. Jamas debia encontrarse cosa imposible cuando se trataba de satisfacerle: la menor tardanza irritaba su carácter ardiente.

Los que por esos indicios hubieran juzgado de su índole, e habrian tenido por incapaz de amar otra cosa que á sí mismo, por hombre á quien nada movia sino su gloria ó su placer; pero aquella indiferencia con los demas, y tanto cuidado de sí propio, no provenian mas que de la exaltacion continua á que le arrastraba la violencia de sus pasiones. Habíale engreido su madre desde la cuna, y era un dechado ejemplar de la desgracia de los que nacen en la grandeza. Los reveses de la fortuna, que esperimentó desde la mas

temprana juventud, no habian podido mitigar su impetuosidad y altanería. Aunque destituido de todo, abandonado, espuesto á tantas calamidades, nada abatia su orgullo. Alzá base este siempre, como se levanta sin cesar la palma nexible, por mas esfuerzos que se hagan para doblarla.

Miéntras Telémaco estaba al lado de Mentor, desaparecian sus defectos, y aun de dia en dia se aminoraban. Semejante á un corcel fogoso que retósa en las vastas dehesas, sin detenerse en riscos tajados, precipicios, torrentes, y que no conoce mas que la voz y la mano de un hombre solo capaz de domarle, Telémaco, lleno de noble ador, no podia sujetarse sino á la vista de Mentor. Pero tambien una mirada de este le paraba de repente en su mayor impetuosidad; porque desde luego entendia lo que tal mirada queria decir, y al punto volvia á llamar á su corazon todos los sentimientos virtuosos. La sabiduría de Mentor restituia en un momento á su rostro la dulzura y la serenidad. Neptuno, cuando levanta el tridente, y amenaza á las olas revueltas, no calma tan pronto las negras tempestades.

Cuando Telémaco se halló solo, todas sus pasiones, contenidas como un torrente atajado por un fuerte dique, volvieron á soltarse: fuéle imposible soportar la arrogancia de los Lacedemonios, y de Falante, que estaba á su cabeza. Esta colonia, fundadora de Tarento, se componia de gente moza, nacida durante el sitio de Troya y sin educacion alguna: la ilegitimidad de su nacimiento, la disolucion de sus madres, la licencia con que se habian criado, les daban no sé qué de bárbaro y feroz. Parecian mas bien una banda de forajidos que una colonia griega.

Falante se habia propuesto contradecir á Telémaco en todas ocasiones: en las asambleas le interrumpia á cada momento, menospreciando su parecer como el de un jóven inesperto: mofábase, tratándole de débil y afeminado: hacia notar á los caudillos del ejército sus mas leves faltas. Procuraba sembrar por todas partes recelos, y hacer odios el orgullo de Telémaco á todos los aliados.

Un dia, habiendo hecho Telémaco varios prisioneros á los Danienses, Falante pretendió que los cautivos le debian pertenecer, porque él era, decia, quien al frente de sus Lacedemonios habia derrotado aquella fuerza enemiga, y porque Telémaco, vencidos ya los Danienses y puestos en fuga,



no habia maido mas trabajo que el de salvarles la vida y conducirlos al campamento. Telémaco sostenia que al contrario él habia evitado que Falante fuera vencido, y que la victoria conseguida era suya. Ambos fueron á defender su causa á la asamblea de los reyes confederados. Telémaco se arrebató de tal manera, que amenazó á Falante, y se hubieran embestido allí mismo, si no los hubiesen contenido.

Falante tenia un hermano llamado Hipias, famoso en todo el ejército por su valor, fuerza y destreza. Polux [1], decian los Tarentinos, no le era superior en el combate del cesto: Castor no le hubiera ganado á manejar un caballo: tenia la estatura y la fuerza de Hércules. Todo el ejército le temia; porque aun era mas pendenciero y brutal que forzudo y denodado.

Hipias, habiendo visto la arrogancia con que Telémaco habia amenazado á su hermano, va precipitadamente á tomar los prisioneros para llevárselos á Tarento sin aguardar la decision de la asamblea. Telémaco, á quien lo advirtieron secretamente, salió furioso. Del mismo modo que un jabalí lleno de espuma busca al cazador que le ha herido, así se le veia correr por el campo buscando con los ojos á su enemigo, y blandiendo el dardo con que le queria atravesar por fin le encuentra, y al verle se aumenta su rabia. Aquel Telémaco no era el prudente mancebo adoctrinado por Minerva bajo la forma de Mentor; era un frenético, un leon enfurecido.

Al instante grita á Hipias: Detente ¡ó el mas vil de los hombres! detente; vamos á ver si te es fácil arrebatarme los despojos que yo he ganado. No te los llevarás á Tarento; vé, baja ahora mismo á las tenebrosas márgenes de la Estigia. Dijo, y le arrojó el dardo; pero se le arrojó con tanta ira que no pudo medir bien el tiro, y el dardo no tocó á Hipias. Saca luego la espada, cuya guarnicion era de oro, regalo que, al partir de Itaca, le habia hecho Laertes, como prenda de cariño. Laertes se habia servido de ella con mucha gloria cuando era mozo, y estaba teñida con la

[1] Polux, hijo de Júpiter y de Leda, mujer de Tíndaro, partió la inmortalidad con Castor, pasando alternativamente un año en el Cielo y un año en los Campos Elíseos.

sangre de varios caudillos famosos de los Epirotas en una guerra de que salió vencedor.

Apénas habia desenvainado Telémaco esa espada, cuando Hipias, que se propuso valerse de la ventaja de su fuerza, se echó encima para quitársela de las manos al mancebo. La espada se rompe en las de ambos: se cogen, se agarran uno á otro. Allí luchan como dos fieras implacables que procuran despedazarse; les salta fuego de los ojos; se embeben, se alargan, se bajan, se empinan, se embisten, tienen sed de sangre. Hélos asidos, pies con pies, manos con manos; esos dos cuerpos enlazados parecen uno solo. Pero Hipias, siendo de edad mas adelantada, debia al parecer abrumar á Telémaco, que por su juventud era ménos membrudo. Ya Telémaco, sin aliento, sentía que le flaqueaban las rodillas. Hipias, viéndole vacilar, hacia mayores esfuerzos. El hijo de Ulises iba á acabar, y hubiera sufrido la pena de su temeridad y arrebatos, si Minerva, que desde léjos velaba sobre él, y no le dejaba en tal estremidad de peligro sino para instruirle, no hubiese inclinado la victoria á su favor.

No salió la diosa del palacio de Salento, pero envió á Iris [1], que es la veloz mensajera de los dioses. Esta, volando con lijeras alas, corta los inmensos espacios de los aires, dejando en pos de sí un largo rastro de luz que pintaba una nube de mil varios colores; no descansó hasta llegar á la orilla del mar en donde estaba acampado el numeroso ejército de los aliados: ve de léjos la contienda, el ardor y los esfuerzos de los dos combatientes: se estremece á vista del peligro en que está el jóven Telémaco; y se acerca, envuelta en una clara nube que habia formado de vapores sutiles. En el momento en que Hipias, sintiendo toda su pujanza, se creyó vencedor, cubrió Iris al jóven alumno de Minerva con la egida que la sabia diosa le habia confiado. Telémaco, á quien se le habian apurado las fuerzas, empieza á reanimarse. Al paso que se reanima él, Hipias se turba, sintiendo no sé qué de divino que le aturde y que le confunde. Telémaco le acosa y cierra con él, ya en una situacion ya en otra; le hace perder el equilibrio, no le deja un momento para afirmarse; en fin, le arroja al suelo y se

[1] Iris, hija de Taumas y de Electra, era la mensajera de Juno, que era diosa de la lluvia.



le echa encima. Una corpulenta encina del monte Ida, cortada por el hacha á fuerza de mil golpes que han resonado en todo el bosque, no hace tan horroroso estruendo al caer; la tierra gime; cuanto la rodea, vacila.

Telémaco habia recobrado con la fuerza la prudencia. Apénas cayó Hipias, comprendió el hijo de Ulises la falta que habia cometido en luchar así con el hermano de uno de los reyes que habia ido á socorrer: revolvió en su memoria lleno de confusion los sabios consejos de Mentor: dióle vergüenza de su victoria, y conoció que merecia el haber quedado vencido. Entre tanto Falante, arrebatado de furor, acudia á favorecer á su hermano: hubiera pasado con el dardo que llevaba á Telémaco, si no hubiese temido pasar tambien á Hipias, que estaba en el suelo debajo de Telémaco. Fácil habria sido al hijo de Ulises quitar la vida á su enemigo; pero se le habia aplacado el enojo, y no pensaba sino en reparar su falta mostrando moderacion. Levantóse diciendo: Hipias, me basta haberos enseñado á no menospreciar mi juventud; vivid: yo admiro vuestra fuerza y vuestro denuedo. Los dioses me han protegido, someteos á su poder: no pensemos mas que en pelear juntos contra los Danienses.

Miéntras Telémaco hablaba así, se levantaba Hipias cubierto de polvo y sangre, corrido y furioso. Falante no se atrevia á quitarle la vida á quien acababa de dársela tan generosamente á su hermano; estaba suspenso y fuera de sí. Todos los reyes aliados acuden, y se llevan á un lado á Telémaco, y á otro á Falante y á Hipias, que, habiendo perdido su altivez, no osa levantar los ojos. El ejército entero se asombraba cada vez mas de que Telémaco en tan tierna edad, en que los hombres no han adquirido aun toda su fuerza, hubiese podido derribar á Hipias, que parecia por su fuerza y su estatura uno de aquellos gigantes, hijos de la tierra, que en otro tiempo intentaron arrojar del Olimpo á los inmortales.

Pero el hijo de Ulises estaba muy distante de alegrarse de tal victoria. Miéntras los demas no se cansaban de admirarle, retirado él en su tienda se ruborizaba de su falta, y no pudiendo sufrirse á sí mismo, se lamentaba de su precipitacion. Conocia cuan injusto y desacordado era en sus

arrebatos, y encontraba algo de vano, débil y bajo en su desmedida altanería. Pensaba que la verdadera grandeza consiste en la moderacion, la justicia, la modestia y la humanidad; lo veia; pero, despues de tantas recaidas, desconfiaba de poderse enmendar; así estaba luchando conmigo mismo, y se le oia rugir como un leon furioso.

Permaneció dos dias encerrado solo en su tienda, sin poder resolverse á buscar sociedad alguna, y castigándose á sí propio. ¡Ay de mí! decia, ¿me atreveré á volver á la presencia de Mentor? ¿Soy yo hijo de Ulises, del mas sabio y sufrido de los hombres? ¿He venido á traer la discordia y el desórden al ejército de los aliados? ¿Es su sangre, ó la de los Danienses sus enemigos, la que yo debo derramar? He sido un temerario; ni aun he sabido lanzar mi dardo, me he espuesto con fuerzas desiguales á la superioridad de Hipias, de quien debia esperar la muerte con la afrenta de ser vencido. ¿Y qué mal hubiera? Ya no seria, no, ya no seria el temerario Telémaco, el jóven insensato que con nada se enmienda: al acabar con la vida, habria acabado con mi vergüenza. ¡Ah! ¡si á lo ménos tuviera esperanzas de no volver á hacer lo que me aflige tanto haber hecho! ¡qué felicidad! ¡qué felicidad! Pero quizas ántes que pase el dia, incurriré y haré por incurrir en las mismas faltas de que ahora tengo tanta vergüenza y horror. ¡O funesta victoria! ¡O alabanzas que no puedo sufrir, verdaderas y crueles reconvenciones á mi locura!

En aquella soledad y desconsuelo, fueron á verle Nestor y Filoctetes. Nector quiso hacerle conocer su desman; pero viéndole al entrar tan afligido, el prudente anciano cambió sus graves amonestaciones en palabras de cariño para templar su desesperacion.

Los príncipes aliados estaban detenidos por aquella desavenencia, y no podian marchar contra los enemigos sino despues de reconciliar á Telémaco con Falante y con Hipias. A cada instante se temia que las tropas de Tarento acometieran á los cien jóvenes Cretenses que habian ido con Telémaco á aquella guerra: todo andaba revuelto por culpa de Telémaco solo; y Telémaco, que se reconocia autor de tantos males presentes y peligros futuros como veia, se abandonaba á un amargo dolor. Todos los príncipes se hallaban en el mayor abrieto: no se atrevian á mover el ejército,



temiendo que en la marcha los Cretenses de Telémaco y los Tarentinos de Falante trabaran la contienda. Costaba mucho tenerlos dentro del campo, donde se les guardaba con grande vigilancia. Nestor y Filoctetes iban y venian continuamente de la tienda de Telémaco á la del implacable Falante, que no respiraba mas que venganza. La dulce elocuencia de Nestor y la autoridad de Filoctetes no podian ablandar aquel corazon feroz, que los rabiosos discursos de su hermano Hipias irritaban cada vez mas y mas. Telémaco era mucho mas dócil; pero estaba tan abatido, que nada le podia consolar.

Miéntras los príncipes estaban agitados de aquel modo, todas las tropas se hallaban consternadas: parecia el campo una casa desconsolada que acaba de perder al padre de la familia, apoyo de todos los parientes y dulce esperanza de sus tiernos hijos.

En tal desórden y consternacion, se oye de repente un estruendo horrible de carros, armas, relinchos de caballos, gritos de hombres, vencedores unos y animados á la matanza, fugitivos otros, ó moribundos, ó heridos. Un torbellino de polvo forma una densa nube que cubre el cielo y envuelve todo el campamento. No tarda en juntarse con el polvo un humo espeso que embarga el aire y quita la respiracion. Oíase un rumor sordo semejante al de las llamaradas que el monte Etna vomita de sus entrañas abrasadas, cuando Vulcano con los cíclopes forja rayos para el padre de los dioses. El espanto se apodera de los ánimos.

El vigilante é infatigable Adrasto habia sorprendido á los aliados, habiéndoles ocultado su marcha y sabiendo la de ellos. Con increible rapidez habia dado la vuelta a una montaña casi inaccesible, de la cual tenian tomados los mas de los pasos los aliados, que, dueños de aquellos desfiladeros, se creian seguros, y aun pretendian poder caer por allí sobre el enemigo detras de la montaña, luego que llegaran las tropas que aguardaban. Adrasto, que para saber los secretos de sus enemigos derramaba el dinero á manos llenas, habia sabido su resolucion; porque Nestor y Filoctetes, capitanes por otra parte tan sabios y esperimentados, no eran bastante secretos en sus empresas. Nestor, en la decadencia de su vejez, se complacia demasiado en contar

lo que podia granjearle alguna alabanza. Filoctetes hablaba ménos de suyo; pero era pronto, y por poco que se estimulara su vivacidad, se le hacia decir lo que él se habia propuesto callar. Las personas astutas habian encontrado la llave de su corazon para sacarle los secretos mas importantes. Bastaba irritarle: entónces rompia en amenazas impetuoso y fuera de sí, y se jactaba de tener medios seguros de llevar á cabo lo que deseaba. Por poco que se dudara de esos medios, se apresuraba á esplicarlos inconsideradamente; y el secreto mas íntimo se le escapaba de lo profundo del corazon. El alma de aquel gran capitan no podia guardar cosa alguna, pareciéndose á un vaso precioso, pero rajado, de donde se salen todos los licores mas deliciosos.

Los traidores, sobornados por Adrasto, no perdian la ocasion que les proporcionaba la flaqueza de ambos reyes. Lisonjeaban sin cesar á Nestor con vanas alabanzas; le recordaban sus victorias antiguas, admiraban su prevision, y nunca se cansaban de aplaudirle. Por otra parte le tendian al carácter impaciente de Filoctetes continuos lazos, no hablándole mas que de dificultades, contratiempos, peligros y faltas irremediables. Al momento su natural pronto se inflamaba, abandonábale la prudencia, y ya no era el mismo hombre.

Telémaco, á pesar de los defectos que hemos visto, era mas prudente para guardar un secreto: se habia acostumbrado á él por sus desgracias, y por la necesidad en que habia estado desde la infancia de ocultarse á los amantes de Penélope. Sabia callar un secreto sin decir mentira, no teniendo ni aun ese aire reservado y misterioso que suelen tener las personas secretas, y no apareciendo como abrumado por el peso del secreto que debia guardar; siempre se le veia libre, natural, abierto como quien lleva el corazon en los labios. Mas diciendo cuanto se podia decir sin riesgo, sabia contenerse á punto y sin afectacion en lo que podia dar que sospechar y hacer presumir su secreto: asi era su corazon impenetrable é inaccesible. Hasta sus mayores amigos no sabian mas que lo que él creia útil descubrirles para aprovecharse de sus buenos consejos, y no habia mas que Mentor con quien no tuviera reserva alguna. A los demas



se confiaba, pero en diversos grados, y á proporcion de las pruebas que le habian dado de amistad y de sabiduría.

Telémaco habia notado con frecuencia que las resoluciones del consejo se divulgaban demasiado por el campo, y lo habia advertido á Nestor y Filoctetes. Pero estos dos hombres tan esperimentados habian oido con ménos atencion que la que merecia un aviso tan saludable: la vejez es indócil, la costumbre la tiene como encadenada; no hay remedio contra sus vicios. A cierta edad los hombres, semejantes á los árboles cuyo tronco rudo y nudoso se ha endurecido con los años y no se puede enderezar, se hacen inflexibles y casi no aciertan á levantarse, doblados como estan por el peso de ciertos hábitos que han envejecido con ellos, y han penetrado hasta la médula de sus huesos. Muchas veces los conocen, pero demasiado tarde, y se duelen en vano: la tierna juventud es la única edad en que el hombre tiene sobre sí cabal poderío para enmendarse.

Habia en el ejército un Dólope [1], llamado Eurimaco, adulador entrometido, que sabia acomodarse al gusto é inclinaciones de los príncipes, fecundo y diestro en hallar nuevos medios de agradarles. A creer en sus palabras, jamas era dificil cosa alguna. Si se le pedia parecer, siempre daba el mas agradable. Era chistoso, burlon con los débiles, condescendiente con los que temia, hábil para sazonar un elogio delicado que pudieran aceptar los hombres mas modestos. Grave con los graves, festivo con los de humor alegre, nada le costaba tomar cualquiera forma. Los hombres sinceros y virtuosos, que siempre estan lo mismo, y que se sujetan á las reglas de la virtud, jamas gustaran tanto á los príncipes como los que halagan sus pasiones dominantes. Eurimaco sabia el arte de la guerra; tenia capacidad para desempeñar cargos de gobierno; era un aventurero que se habia agregado á Nestor, y le habia ganado la confianza; así le sacaba á Nestor, algo vanidoso y aficionado á elogios, cuanto le convenia saber.

Aunque Filoctetes no se franqueaba con él, la cólera y la impaciencia producian en su carácter el mismo efecto que la confianza en el de Nestor. No tenia Eurimaco mas

[1] Eran los Dólopes unos pueblos de Tesalia, que su rey Peleo envió al sitio de Troya bajo el mando de Fenix.

que contradecirle; con irritarle, todo lo descubria. Este hombre habia recibido grandes sumas de Adrasto, para que le informase de todos los designios de los aliados. El rey de los Danienses habia enviado al campo de los aliados cierto número de desertores, que debian irse escapando uno despues de otro y volver al suyo. Cada vez que Eurimaco tenia alguna importante noticia que comunicar á Adrasto, despachaba á uno de aquellos tránsfugas. El engaño no se podia descubrir fácilmente, porque estos desertores no llevaban cartas. Aunque los cogieran, no les encontraban nada que pudiese infundir sospechas contra Eurimaco.

De ese modo desbarataba Adrasto los planes de los aliados. Apénas se tomaba una resolucion en el consejo, cuando los Danienses hacian precisamente lo necesario para frustrarla. Telémaco averiguaba con celo infatigable la causa, y escitaba á la desconfianza á Nestor y Filoctetes; pero su empeño era inútil; estaban ciegos.

Se habia resuelto en el consejo aguardar las numerosas tropas que estaban para llegar, y durante la noche se habian avanzado secretamente cien naves para conducir mas pronto dichas tropas desde el punto de la rudísima costa adonde debian arribar, al paraje en que el ejército estaba acampado. Contábase entre tanto con la seguridad mas completa, porque se tenian tomadas con tropas las gargantas de la montaña vecina, que es una costa casi inaccesible del Apenino. El ejército estaba acampado á las orillas del rio Galeso[1], bastante cerca de la mar. Aquella deliciosa vega es abundante en pastos y en cuantos frutos se necesitan para la subsistencia de un ejército. Adrasto estaba á las espaldas de la montaña, y se calculaba que le era imposible pasar; pero como supo que los aliados eran todavía débiles, que les iba un grande refuerzo, que las naves esperaban las tropas que debian llegar, y que el ejército se habia dividido por la disputa de Telémaco con Falante, se apresuró á dar una larga vuelta. Anduvo dia y noche con la mayor velocidad para ganar la orilla de la mar, y pasó por los

[1] El Galeso es un rio del reino de Nápoles, que nace cerca de Oria en la tierra de Otranto, y que despues de haber corrido hácia el poniente entra en el golfo de Tarento.



caminos que se habian tenido siempre por intransitables. Así el arrrojo y el trabajo obstinado superan los mayores obstáculos; así para los que saben osar y sufrir, apénas hay cosa imposible; así los que se duermen, porque toman lo difícil por imposible, merecen ser sorprendidos y acosados.

Adrasto sorprendió al amanecer las cien naves de los aliados. Como estaban mal guardadas, y sin recelo de peligro, se apoderó de ellas sin resistencia, empleándolas en transportar sus tropas con increible celeridad á la embocadura del Galeso, cuyas orillas subió prontísimamente. Los que estaban en los puestos avanzados al rededor del campamento por la parte del rio, creyeron que aquellas naves les traian las tropas que se aguardaban, y lanzaron al principio gritos de júbilo. Adrasto y sus soldados desembarcaron ántes que los reconocieran, cayeron sobre los aliados, que no tenian la menor desconfianza, y los encontraron en un campo abierto, sin órden, sin jefe, sin armas.

La primera embestida dada al campamento, fué por la parte que ocupaban los Tarentinos mandados por Falante. Entraron los Danienses con tanta pujanza, que, sorprendida la juventud lacedemonia, no pudo resistir. Miéntras buscaban sus armas, y se atropellaban unos á otros en aquella confusion, Adrasto hizo poner fuego á las tiendas. Al instante sube la llama de los pabellones y llega á las nubes: el ruido del incendio es como el de un torrente que inunda toda la llanura, y que arrebata con su ímpetu las grandes encinas arrancadas de raiz, las mieses, las granjas, los establos y los ganados. El viento empuja violentamente la llama de tienda en tienda, y no tarda en parecer todo el campo un bosque secular que una centella ha abrasado.

Falante, que ántes que los demas ve el peligro, no puede contener el estrago. Conoce que todos los suyos van á perecer en el incendio, si no se dan priesa á dejar el campo; pero tambien conoce cuan de temer es en frente de un enemigo victorioso el desórden de semejante retirada, y hace salir al encuentro su juventud lacedemonia aun medio desarmada. Mas Adrasto no le deja respirar: por una parte una fuerza de arqueros diestros hiere con innumerables flechas á los soldados de Falante; por otra los honderos arrojan una

recia granizada de piedras. Adrasto mismo con la espada en la mano, marchando á la cabeza de los escogidos entre sus mas intrépidos Danienses, persigue, al resplandor del incendio, las tropas que huyen. Derriba con el cortante acero lo que se ha libertado del fuego; nada en sangre; no puede aplacar su sed de matanza: los leones y los tigres no igualan su furia cuando despedazan á los pastores y sus ganados. Las tropas de Falante sucumben, y el valor las abandona: la pálida Muerte, guiada por una furia infernal con la cabeza erizada de serpientes, hiela en sus venas la sangre; sus miembros entumecidos se quedan yertos, y las rodillas les flaquean, quitándoles hasta la esperanza de la fuga.

Falante, á quien la vergüenza y la desesperacion dan todavía alguna fuerza y vigor, alza las manos y los ojos al cielo; ve caer á sus piés á su hermano Hipias, que cede á los golpes de la mano fulminante de Adrasto. Hipias, tendido en el suelo, se revuelca; una sangre negra é hirviendo sale como un rio de la profunda herida que le atraviesa el costado; sus ojos se oscurecen, su alma furiosa huye con toda su sangre. El mismo Falante, bañado con la sangre de su hermano y sin poderle favorecer, se ve envuelto por una nube de enemigos que se empeñan en derribarle; mil golpes le han atravesado el escudo, tiene el cuerpo cubierto de heridas, no puede rehacer sus tropas fugitivas: los dioses le ven, y no se apiadan de él.



# LIBRO XVII.

Telémaco, habiéndose revestido de sus armas divinas, acude al socorro de Falante, derriba á Ificles, hijo de Adrasto, rechaza al enemigo victorioso, y hubiera alcanzado una victoria completa, si no hubiese sobrevenido una tempestad que puso fin al combate. En seguida manda Telémaco recoger los heridos, cuida de ellos y principalmente de Falante. Preside á las exequias de Hipias, su hermano, y le presenta sus cenizas recogidas por él mismo en una urna de oro.

Júpiter en medio de todas las divinidades celestes miraba desde la cumbre del Olimpo la mortandad de los aliados. Al mismo tiempo consultaba los inmutables destinos, y veia todos los caudillos cuyas vidas debia cortar aquel dia la tijera de la parca. Estaba clavada en su rostro la vista atenta de cada uno de los dioses, para descubrir cual seria su voluntad. Pero el padre de los dioses y los hombres les dijo con voz dulce y majestuosa: Veis el estremo á que estan reducidos los aliados; veis á Adrasto, que arrolla á todos sus enemigos: pues ese espectáculo es muy engañoso; la gloria y prosperidad de los malvados duran poco; el impío y fementido Adrasto no logrará completar su victoria. Este reves no sucede á los aliados sino para enseñarlos á corregirse y á guardar mejor el secreto de sus empresas. La sabia Minerva tiene dispuesta en eso una nueva gloria para el jóven Telémaco, en quien cifra sus delicias. Aquí Júpiter cesó de hablar. Todos los dioses continuaban silenciosos mirando el combate.

En tanto llegó á Nestor y Filoctetes la noticia de que una parte del campamento estaba ya quemada; que la llama, impelida del viento, iba cundiendo; que sus tropas se hallaban desordenadas, y que Falante no podia resistir por mas tiempo á los esfuerzos del enemigo. Apénas hieren sus oidos esas funestas palabras, corren ambos á las armas, juntan los capitanes, y mandan que á toda priesa salga la gente del campamento para preservarla del incendio.

Telémaco, que estaba sumido en el abatimiento y el desconsuelo, se olvida de su dolor: toma las armas, don pro-